

CONTRIBUCION AL ENCUENTRO LIBERTARIO INTERNACIONAL

VENEZIA - 1984

"Hacia un redescubrimiento de la naturaleza"

Juan ZUMAJO GALDON

Tenerife, septiembre 1984

Vivir el año 1984 es vivir la automatización, la robótica, la muerte programada a distancia, la superabundancia de recursos expoliados a la naturaleza, el lujoso confort de los que dominan las tres cuartas partes de las tierras habitadas por los que todavía mueren de hambre frente a una cámara de televisión que envía sus agonías, sus vientres abultados, sus cuerpos devorados por las moscas, a todos los países del mundo civilizado, via satélite, en directo y a todo color.

¿Cómo es posible que el hombre haya podido alcanzar esta cultura de muerte fetichizada?

Cuando hablamos de la acumulación de capital, acumulación de mercancías o de tierras, como uno de los eternos males de nuestra civilización, no estamos sino concretando en unos pocos casos el fenómeno abstracto y más general de la acumulación. ¿Acumulación en sí? Hago mías las palabras de Nietzsche al referirse a la antinaturalidad del hombre convertida en instinto, o en palabras de Fourier ese pseudoinstinto que guía al hombre alejándolo del camino de la naturaleza y llevándolo hacia su destrucción.

La acumulación es el mal eterno; pero antes de acumular mercancías, tierra o capital se estaba dando en nuestros arcaicos predecesores otro tipo de acumulación: el de la energía.

¿Cómo acumular energía en la prehistoria? Puede parecer un poco paradójico, pero reflexionemos sobre la auténtica utilidad del arma o de la herramienta, por ejemplo un cuchillo.

No importa de qué material esté realizado, no importa que su uso sea bélico o doméstico; un cuchillo, que sirve para tantas cosas, es en sí mismo un ahorro de energía en manos del que lo utiliza y el ahorro ya sabemos que es acumulación.

Con el cuchillo se mata más fácilmente que con las manos, se descuartiza mejor que con las manos, se puede matar más en menos tiempo, en definitiva, su aplicación supone un considerable aumento de productividad ¿o destructividad?. De esto podría haberse derivado un aumento del tiempo libre, cosa que todavía pretenden en nuestros días los que proclaman la utopía tecnológica, pero no fué así, y en lugar de matar con el cuchillo y descansar el resto del día, aprendimos a matar más y descansar lo mismo. La herramienta no redujo el trabajo sino que aumentó la producción.

Todavía podemos ver un universo de máquinas que lejos de liberar al hombre lo esclavizan cada vez más, la productividad aumenta cada día pero el tiempo que dedicamos a la actividad laboral se mantiene prácticamente inalterable.

Pero sigamos con el arma-herramienta. ¿Un cambio de uso habría liberado realmente al hombre de las necesidades físicas? Pienso que no. Para aclararlo recogeré la aportación que hace Marx sobre el intercambio orgánico entre el hombre y la naturaleza. El hombre se relaciona con la naturaleza viviendo a expensas de ella, tomando más de lo que da. Dicho intercambio es deficitario y si lo pensamos en términos de balanza de pagos veremos que hay un endeudamiento permanente, debido también a los tipos de interés que en la naturaleza se traducen como daños irreversibles, pues aunque la capacidad de integración a los ciclos biológicos de los detritus humanos está suficientemente demostrada, al aumentar la cantidad de detritus su reciclaje es cada vez más lento y además interfiere el propio ciclo pudiéndose llegar a una alteración del mismo. El aire, la tierra, el agua tienen evidentes muestras de la presencia humana. Este desequilibrio de la relación hombre - naturaleza, agudizado por la ideología de la acumulación, es lo que nos está conduciendo al caos en las relaciones humanas; pues humanidad y naturaleza son dos conceptos interpenetrables que no deben ser analizados por separado si lo que queremos es no caer en el ecofascismo o en el productivismo, sino que al considerarlos dualmente pueden darnos la clave de la liberación.

El pensamiento guía las acciones del hombre, pero hay veces en que el pensamiento está demasiado condicionado por el medio en el que haya tenido que gestarse y eso nos impide el análisis objetivo de la realidad. El pensamiento es ante todo sub-

jetivo, por lo que no estaría de más el que de vez en cuando, pa
ra no anquilosarnos, buscasemos nuevas formas de subjetividad
con el fin de no quedarnos trabados durante mucho tiempo con el
mismo objeto.

Quiero decir que estamos considerando la naturaleza prefe
rentemente como objeto de consumo y que las cosas podrían irnos
bastante mejor si la considerásemos únicamente como objeto de
uso. Lo que se consume se agota en ese mismo instante, mientras
que lo que se usa es más duradero, y si tomamos las debidas pre-
cauciones, puede ser casi eterno.

Pero como la ideología del consumo es lo que prima entre
nosotros, hemos llegado a consumir cosas tan extrañas como la
vida; y así, desde que las armas han dejado de ser instrumentos
de muerte individualizada y se han convertido en los medios del
exterminio, podemos decir que la vida puede ser consumida en un
minuto. Aquí cabe introducir el control o reducción de armamen-
tos.

Que los ejércitos utilicen armas nucleares o convencional
es importante desde el punto de vista de los muertos que
pueden producir por unidad bélica; naturalmente, la acumulación
ha llegado a todas las esferas sociales, y también al ejército :
su eficacia se valora por la cantidad de muertos producidos por
disparo; su productividad máxima es la masacre total. ¿Qué ocu-
rre cuando nos oponemos al armamento nuclear? Que imposibilita-
mos la máxima productividad del ejército, frenamos su acumula-
ción, lo que ya, por sí solo, debería ser la base para trasla-
dar esa oposición al terreno social, paralizar la producción y
replantearnos nuestro modo de vida.

¿Es posible contentarnos con que los ejércitos utilicen
solo su armamento convencional? ¿Queremos morir asesinados? Las

armas nucleares pueden matar millones de individuos, el napalm miles, los cañones cientos, las granadas docenas, el fusil o el arco uno (a distancia), el cuchillo (con suerte) uno (cuerpo a cuerpo), la piedra apenas, el puño (usado con mesura) rara vez. Hay diferentes armas, diferentes tipos de guerra, para cada formación social; ¿hasta cual queremos descender? El ascenso ha sido paulatino, cada descubrimiento era un escalón hacia el siguiente y ahora que estamos en la cumbre, nos damos cuenta de que todo eso no ha servido para nada, nos hemos confundido de escalera y necesitamos otra.

A lo largo de la historia podemos ver numerosas manifestaciones de oposición al desarrollo del sistema que nunca han podido florecer más de una primavera debido a las guadañas de la inquisición, del estado, de la policía política, del ejército, de la socialdemocracia.

El problema está en qué hacer con esta civilización : ¿destruirla? Hecatombe nuclear. ¿Dar marcha atrás? ¿Parar y empezar de nuevo la marcha?

La solución no es fácil, pues además tenemos que buscar nuestra solución, la del hombre y no la del sistema, y además, tiene que destruir el sistema sin destruir al hombre.

Lo que urge es paralizar la producción ya mismo, para no vernos cada vez más altos en la escalera y que cada vez nos parezca más difícil el descenso. ¿Qué tal si empezamos por las fábricas de armamentos? Al tiempo que paramos trabajadores es preciso activar la producción de la tierra; reconversión de empleos para un nuevo mundo, tal podría ser el lema de la liberación. Tierra colectivizada cultivada biologicamente.

No hay nada imposible. Todo es empezar. Así que ánimo amigos.